

Avaricia/generosidad.

La avaricia y sus soledades

Hortensia Moreno

La avaricia colinda, al norte, con la soberbia, y al sur, con la envidia; al este con la gula y al oeste con la lujuria. Avaricia, soberbia y envidia son pecados del ego, pero no del cuerpo: no hay voluptuosidad en ninguno de los tres, como la hay en la gula, en la lujuria y hasta en la pereza. Y no hay, por cierto, esa pérdida total del yo que se verifica durante los accesos de ira; por el contrario, la avaricia apela a emociones calculadas, al control meticuloso de las emociones. Y es una disposición vigilante, despierta, como no lo es la pereza.

Freud la ubicaría en la etapa anal, retentiva, y leería en el oro solamente una metáfora de la mierda. Su caricatura es Rico MacPato, que se echa clavados en una alberca llena de dinero y conserva su primera moneda: no la ha tenido que gastar. A diferencia de la lujuria, la avaricia pospone el éxtasis hasta volverlo completamente ajeno y, si algo, la pulsión de la avaricia es anticlimática por necesidad. El avaro no tiene cuerpo ni busca otros cuerpos. No gasta ni se desgasta.

Se distingue de la envidia en su necesidad de centrarse en el ego, mientras que aquélla se enfoca en los otros; la avaricia es un pecado solipsista que no requiere de comparaciones para alimentarse. La soberbia, por su parte, aunque solipsista, busca el valor en la propia subjetividad y es allí donde la traiciona la necesidad del Otro, la urgencia de un reconocimiento insondable que nunca es capaz de colmar el pozo sin fondo del yo.

La avaricia es, pues, el más solitario de los pecados. El avaro ahuyenta a sus congéneres para no verse en la obligación de compartir. A diferencia del soberbio, prescinde de la mirada del otro en el disfrute encerrado y secreto de la riqueza acumulada. Se trata de un pecado en donde el cálculo (el conteo y el recuento de todas y cada una de las unidades que componen el tesoro) tiene una textura completamente abstracta: no importa en realidad cuánto se tenga, nunca será suficiente; y como se ha prescindido, en princi-

pio, de la comparación, no tiene posibilidades de equivalencia: se resuelve en una avidez nunca satisfecha, porque no tiene límites ni referentes.

Por su conexión con el mundo descarnado de las cosas, la avaricia es tal vez el pecado más vergonzante: depende de objetos materiales, en un mundo y una época en que la búsqueda de lo humano se ha determinado espiritual. Su personaje emblemático es el Fagin de *Oliver Twist*, el repugnante avaro que explota a los niños y acaricia sus joyas cuando nadie lo ve. Esa inversión en que utiliza a los otros como medios e idolatra a las cosas como fines es perfectamente congruente con su desconexión de lo humano.

La avaricia es quizás el más inhumano de los pecados. Aunque anticipa la escasez, se regodea en la frugalidad. El avaro no sólo es avaro con los demás, sino sobre todo consigo mismo. El avaro renuncia a la vida buena por esa incapacidad para el disfrute de lo inmediato. La leyenda modélica de la avaricia es la del mísero limosnero que no se compra ni un trapo y, cuando muere, alguien descubre su inmensa fortuna guardada en un rincón.

Como la gula, la avaricia debe de ser una pulsión evolutiva. El ansia de comer se parece al ansia de tener en su confrontación con una realidad escasa. En ambas veo una angustia relacionada con el tiempo: en ambas, la anticipación del mañana prevé las carencias crónicas de la humanidad: el hambre y la pobreza. Pero para la gula, el objetivo de la voracidad es la conunción inmediata e insaciable, mientras que la avaricia se recrea en la imposibilidad de consumir.

La avaricia tiene, sin embargo —como seguramente cada uno de los demás pecados— su dimensión virtuosa, que se llama ahorro. Su opuesto indeseable es la prodigalidad, razón suficiente para despojar a un anciano del dominio de sus bienes cuando sus posibles herederos lo miran dilapidar la herencia. Su fábula preferida es la de la hormiga y la cigarra.

Y es precisamente allí, en su faceta de virtud, donde pierde la más elemental de sus características: la odiosa concentración en el ego. Para ser virtuosa, la avaricia transforma sus contenidos y se vuelve altruista. El ahorro, esa prevención orientada hacia el futuro, es perdonado en la medida en que se destina a los otros, precisamente a los herederos preocupados por la prodigalidad, que heredan, así, además de los bienes, el propio pecado de la avaricia.

La acumulación de riqueza, por su parte, adquiere dignidad cuando se resignifica en el progreso de la nación. De esta manera, el oro acumulado —la mierda freudiana— se convierte en capital y en plusvalía, se reproduce a

sí mismo y se revaloriza en una espiral que —dicen— está sembrada de riesgos. El avaro impotente que cuenta y recuenta sus joyas y no las quiere soltar queda anulado por el capitalista gordo y preocupado por invertir.

Pecado o virtud, la avaricia nos es tan familiar como todos los demás pecados: la conocemos desde dentro, aunque no la podamos practicar en todas las ocasiones, a lo mejor porque alguno de sus hermanos nos lo impide al imponérsenos primero; porque para ejercer la avaricia hace falta, antes, superar la gula y la pereza, la envidia y la soberbia, la ira y la lujuria. Tiene demasiada competencia ●